

EDITORIAL

Con el paso del tiempo han resultado notorias las convergencias entre los feminismos, diferentes apuestas teórico-políticas en torno al sexo, el género y la sexualidad y las perspectivas animalistas/animales, anti-especistas y en pro de la liberación animal. Es bien sabido que, por lo menos en el marco occidental/izado, el concepto de especismo surgió a propósito de conceptos como sexismo, racismo, clasismo y homofobia, e intentó inicialmente dar cuenta de una forma de discriminación negativa, subordinación y explotación con patrones similares a los sufridos por mujeres, gays, lesbianas, personas racializadas como negras, etcétera. Por otra parte, las primeras organizaciones defensoras de animales fueron fundadas por grupos de mujeres feministas y mujeres en general. De un lado, muchas mujeres, dada cierta sensibilidad históricamente construida (no determinada biológicamente), han extendido “espontáneamente” su trabajo de cuidado a los animales no humanos y la naturaleza; de otro lado, mujeres y sectores feministas militantes se han percatado de la fetichización, objetivación y apropiación sufridos por ellas mismas, pero también por los demás animales y la naturaleza. Numerosas colectividades feministas, por ejemplo, muy tempranamente se manifestaron en contra de la vivisección, entre otras razones porque entendían perfectamente que los cuerpos producidos como femeninos también habían (han) sido meros objetos de estudio para la mirada (y la satisfacción de cierto deseo escópico) masculina.

Al mismo tiempo, para nadie es un secreto que las mujeres no han/hemos sido consideradas humanas o plenamente humanas a lo largo de la historia. Esa exclusión de la categoría de “persona” o de “humano” es también, por supuesto, otra de las razones que han permitido estrechar vínculos entre los feminismos y los animalismos, y entre sujetos feminizados y animales no humanos. En suma, la pregunta por lo humano como marcador de poder ha sido una interrogante lanzada desde diferentes flancos. Autoras ecofeministas plantean claramente que hay una evidente continuidad entre el control y la explotación de los cuerpos de las mujeres y de los animales y la naturaleza; los cuerpos históricamente feminizados han sido la bisagra, el lugar primario, que le ha posibilitado al Hombre hacerse con la Tierra y sus “recursos”, lo cual ha significado, en el moderno-colonial marco capitalista, el desprecio más cruento por la vida animal a través de la emergencia de granjas industriales de explotación intensiva, bioterios, zoológicos, etcétera. Otras feministas, como Carol Adams, han denunciado también muy tempranamente, hace más de dos décadas, que el consumo de carne implica toda una política sexual: Occidente, sobre todo a partir de la segunda mitad del

siglo XX, ha asociado el consumo de carne al vigor, la masculinidad e incluso el buen desarrollo mental y cerebral, mientras que el consumo de vegetales ha sido asociado a lo femenino, débil y a la falta de pericia zootécnica de los pueblos no occidentales. De otro lado, los animales no humanos, al igual que las mujeres, son tratados bajo la estructura del “referente ausente”, a saber, como presas o partes por separado: un culo, un pernil, etc., mas nunca como complejos seres vivos en interacción con otros seres y el mundo que integran.

Así pues, las teorías feministas, de género y de la disidencia sexual o erótico-afectiva han contribuido sobremanera, directa o indirectamente, a entender los modos en que ciertos sujetos y animales no humanos son objetivados, fetichizados, explotados y excluidos en provecho de un orden patriarcal, androcéntrico, heterosexual, falogocéntrico o especista antropocéntrico. Hoy, tras la irrupción de saberes sometidos y gracias a la insurrección de heterogéneos movimientos sexo-políticos, las dicotomías jerárquicas masculino/femenino y humano/animal tambalean, al punto de que muchxs osan reivindicar el advenimiento de un mundo no sólo postgénero, sino también posthumano o a-humano. Simone de Beauvoir realizó hace varios años una afirmación que ha marcado el feminismo hasta nuestros días: “no se nace mujer”, actualmente las teorías-activismos transfeministas, feministas materialistas y *queer*, extendiendo la sentencia beauvoiriana aseguran que “no se nace, ni siquiera biológicamente hablando, mujer, pero tampoco humano”. A su vez, herramientas teórico-políticas como el concepto de “interseccionalidad”, propuesto inicialmente por el *Black feminism*, nos ayudan a visualizar la co-constitución de órdenes o sistemas de poder imbricados, donde no solo el sexo/género, la clase y la raza resultan cruciales, sino también la especie y los modos de especificación o animalización históricamente producidos. La interseccionalidad obliga a pensar en la singularidad o situacionalidad de las luchas políticas, pero también en las posibilidades de articulación o de, para usar la expresión de Hardt y Negri, “paralelismo revolucionario”.

En este contexto de discusión, el trabajo de Catia Faria, intitulado “Lo personal es político: feminismo y antiespecismo”, expone cómo “el antiespecismo no pertenece a la esfera personal, sino que posee una dimensión política”. Organizado en seis secciones, realiza un recorrido por diversos tópicos que permite al lector comprender, progresivamente, esta afirmación. En las primeras tres secciones la autora analiza las similitudes estructurales entre el sexismo y el especismo a tres niveles fundamentales: discriminación, desigualdad y opresión, concluyendo con un análisis sobre la intersección entre ambas formas de opresión en la construcción de lo que se conoce como masculinidad cisheteropatriarcal. En la cuarta sección evalúa críticamente el alcance de la propuesta ecofeminista en respuesta a estos problemas, y la quinta expone las implicaciones fundamentales de asumir en la práctica el slogan feminista “lo personal es político”. El artículo termina con el análisis de la decisión

reproductiva, defendiendo la idea de que el compromiso con el antiespecismo requiere renunciar a procrear.

Por su parte, el artículo "La cuestión de la negación del sufrimiento de los vivientes no humanos y de las mujeres" de Carola Sporn tiene como objetivo señalar "cuán necesario resulta ocultar y negar el sufrimiento de los otros cuando lo que se busca es legitimar determinados comportamientos y cosmovisiones. La hipótesis es que tanto el especismo como el patriarcado se amparan en la idea de que hay cuerpos que valen más que otros y, fundamentalmente, cuerpos a los que no les duele el dolor". A partir de un nutrido recorrido teórico crítico por Derrida y Levinas, Sporn plantea que la relación con los vivientes no humanos está marcada por "el olvido" de su capacidad de sufrir: "los cuerpos a los que se les invisibiliza su capacidad de sufrir, padecer, en una palabra, sentir, se vuelven útiles para fines ajenos a sí mismos". De esa forma, llega a la conclusión de que "tanto el especismo como el patriarcado funcionan operando mutilaciones: amputan a ciertos cuerpos la capacidad genuina de sentir y, en particular, de sufrir. Sobre esos recortes operados en los cuerpos que se quiere dominar reposa la posibilidad de su opresión y uso", e invita a repensar y fundar nuevos modos de relacionarnos con los otros sin crear o caer en esencialismos, a probar "qué pasa si nos abrimos a otros encuentros, con los otros en tanto otros".

Asimismo, Josephine Donovan en "La voz de los animales: una respuesta a la reciente teoría francesa del cuidado en ética animal" se centra en las formas en que las teorías francesas sobre la ética del cuidado a menudo no alcanzan un auténtico "cuidado" porque aprueban el "comer carne". Como argumenta Donovan, la teoría del cuidado exige que no sólo "veamos a los animales en peligro", sino incorporemos "la voz diferente" de los animales en nuestras deliberaciones éticas.

El artículo de Richard Iveson titulado "Escenas domésticas y la especie en disputa: sobre Judith Butler y los otros animales", deja entrever, en clave de la teoría queer, la genealogía de la categoría que define y describe al *ser humano*. Richard Iveson, al dialogar con las tesis de Judith Butler sobre la performatividad de género en relación con la producción de una cultura discursiva, comportamental y política, sostiene que los seres humanos no son más que un efecto de poderes y saberes reguladores. Específicamente, para Iveson, la humanidad corresponde a una categoría normativa por medio de la cual se expone la autenticidad o la esencialidad humana, impuesta y limitada en oposición a la animalidad. El estudio realizado por Iveson nos muestra cómo la exclusión de género, clase y raza se asocian con la transgresión de las barreras que delimitan el significado y la práctica de la humanidad. A través de un análisis cuidadoso y crítico de la famosa obra de Butler, *Cuerpos que importan*, Iveson nos hace dar cuenta de la relación entre (1) la atribución de la animalidad a la violación de los límites del *ser humano* y (2) la legitimidad una moral que permite y justifica el asesinato

de estos y aquellos que, como Venus Xtravaganza subvierten la matriz de la heterosexualidad abarcada por los umbrales normalizadores de la razón o la racionalidad.

Más aun, en “Un Manifiesto Vegano *Queer*”, Rasmus Rahbek Simonsen analiza el veganismo desde la perspectiva de los desarrollos más recientes de la teoría *queer*, tomando como eje de su texto la “desviación compartida” por “lo *queer*” y “lo vegano”, en tanto posiciones que se niegan a acarrear o reproducir el orden social antropo-heteronormativo. El autor propone un veganismo *queer* que no implique la construcción de una identidad estable o consolidada, sino más bien “una fuerza radicalmente inasimilable” que desafíe, siempre y en todas partes, las exigencias normativas implantadas sobre nuestros géneros, sexualidades y dietas. Por otro lado, el artículo de Michael Loadenthal, denominado “Operação Splash Back!: a queerização da Libertação Animal e as contribuições dos Neo-insurrecionários queers”, nos invita a cuestionar y a percibir la potencialidad subversiva de los animales que son habitualmente oprimidos. Se trata de una interrogación político-filosófica en torno de la figura de la víctima y de los procesos de victimización que penetran los diferentes tipos de resistencia vinculados a la liberación animal. De hecho, las problematizaciones desarrolladas por Loadenthal se refieren a la importancia de la lucha contra los juegos de dominación que habilita el especismo en relación con la lucha contra las diversas formas de fascismo. Además, Loadenthal nos muestra los entrelazamientos entre la actitud *Queer* y el anarquismo insurrecto a partir de la presentación de *Bash Back!*, una agrupación rebelde que surgió en 2007 en los Estados Unidos con la intención de habilitar la liberación por medio de (1) incitación a la solidaridad, un posicionamiento que reposa sobre el reconocimiento de la virtud autárquica e insurrecta de los sujetos oprimidos, y (2) de la articulación de estrategias ilegalistas que prevén la interrupción y la transgresión de las estructuras institucionales. Las reflexiones de Loadenthal son urgentes, ya que nos conducen hacia las complejidades de la resistencia política radical, que necesitan ser discutidas y consideradas respecto a la confrontación de macro y microfascismos que asolan y sofocan formas de vida diferentes a las vigentes en la sociedad y la cultura.

En “El feminismo y las prácticas de reproducción animal: dónde trazar la delgada frontera entre lo mió y lo bovino”, Carmen M. Cusack elabora una crítica de las teorías y las militancias feministas que ignoran o no consideran la relación entre la sujeción de las mujeres y la sujeción de los animales, la violación y el abuso relacionado con la cultura patriarcal. Cusack nos muestra a través de una descripción detallada de la línea de producción de la fabricación de productos cárnicos y lácteos, cómo el fetichismo vinculado a la matriz antropocéntrica y masculinización es reiterada por el consumo desenfrenado de estos productos. El potencial de denuncia de Cusack nos hace percibir la urgencia de cuestionar y luchar contra la crueldad hacia los animales mediante la reformulación de la noción de “violación”, tanto en lo que concierne a las prácticas feministas como con respecto a los casos

que constituyen jurisprudencia. Por lo tanto, las investigaciones de M. Carmen Cusack muestran que el virtuosismo intervencionista del feminismo depende de la imbricación constante y coherente entre el modo de vivir y el discurso político. En este sentido, para Cusack, la práctica del veganismo emerge como una disposición ética capaz de enfrentarse a las estructuras patriarcales que se repiten obligatoriamente por el capitalismo.

Cerramos el dossier con el artículo de Diego Andrés Andueza Kovacevic, intitulado “Las Hijas de Perra y los Hijos de Tigre (Un análisis sobre la animalización reforzativa y denostativa en los tratos entre seres humanos)”. El autor aborda los vínculos entre el menosprecio hacia los animales y hacia las mujeres en la cultura occidental. Para ello, examina el uso de palabras “animalizantes” en el lenguaje cotidiano que reproducen las lógicas de dominación patriarcal y antropocéntrica, fundadas en la discriminación y la subyugación. El autor concluye que la desnaturalización de estas violencias presentes en el habla resulta fundamental para fortalecer los movimientos de liberación animalistas y feministas. Asimismo, el análisis desarrollado supone un aporte para futuras investigaciones sociolingüísticas orientadas a entender la relación entre humanidad y animalidad.

En la sección “Artículos”, las siete tesis acerca del cuidado de animales no humanos de Ricardo Timm de Souza parte de una escrita permeada por argumentación creciente donde cada tesis primaria basa los presupuestos para las demás. Con fuerte apelo ético-político esa escritura puede ser considerada un tratado general acerca de una postura humana para con los animales que se funda en premisas de justicia y reconocimiento de la alteridad. Como conclusión Souza propone el desnudamiento de los juicios antropomórficos a fin de tomar una perspectiva ética que abarca la responsabilidad activa por la justicia y cuidado de los animales no humanos.

Por su parte, Andrés Julián Caicedo, en su artículo *Hacia una política de la visceralidad: cuerpos, afectos y literatura en Gloria Anzaldúa*, pone de manifiesto, a propósito de la violencia policial que en Estados Unidos ha recientemente tomado la vida de la población afroamericana, la forma en que un dispositivo de animalización opera al tiempo que los dispositivos de racialización, generización y enclasmiento, con la particularidad de que dicho dispositivo divide, en general, las vidas humanas en vidas que merecen vivir y vidas que no de acuerdo a su cercanía con lo animal y su alejamiento de lo “propiamente humano”, que se corresponde con el ideal de ciudadano blanco masculino norteamericano. De otro lado, Caicedo remarca que los cuerpos racializados y animalizados son víctimas de una mirada que ahoga y fija, que pretende delimitar el lugar que deben ocupar tales cuerpos. No obstante, Gloria Anzaldúa nos recuerda pertinentemente que dichos cuerpos, cuerpos delimitados (rajados, heridos), son a su vez cuerpos que viven en el límite, existencias limítrofes. La población racializada como negra, al protestar contra su fijación y ahogamiento, hace de la negritud un lugar ex-céntrico, de reorganización de lo que el cuerpo puede y de sus afectos, a

saber, pone de manifiesto toda una política de la visceralidad con el potencial de desarmar el dispositivo de animalización y la mirada fijadora, asfixiante, del hombre blanco, y, al hacerlo, reconstruye un mundo entero, un mundo de la multiplicidad, en donde ejercicios como la escritura, las prácticas artísticas y las manifestaciones callejeras son expresión de un porvenir-en-acto allende el imperio del Hombre blanco, de una localización-en-movimiento.

El inusitado, intrigante y sensible artículo “El gato como un talismán: una experiencia corporal y vinculable” escrito por Consuelo Díaz presenta una fuerte marca intelectual y afectiva al pensar una sociología filosófica de los vínculos entre humanos y animales, retomando de nociones arcaicas de Giordano Bruno y (pos)modernas de Jean-Luc Nancy. Basado en los aportes teóricos de Danna Haraway y su teoría de las interacciones la autora huye al esencialismo de alejamiento *interespecies* al proponer una perspectiva ética y política de cuidado y protección en relaciones entre animales humanos y no humanos. Por medio de la idea/concepto/imagen de *talismán*, la mascota, especialmente el gato, es percatada como institución de una alteridad que agrega y crea nuevos sentidos y significados relacionales, reemplazando las fronteras de las pieles que separan el yo del otro. *Un tacto de contacto*: mezcla mutua y afectiva.

En el artículo titulado “El espectáculo de la biopolítica moderna: una interpretación de FeherIsten (Hagen y yo)” los autores Vélez Vega y López Barrios hacen un análisis biopolítico de la representación que la película mencionada hace sobre la amistad entre perro y hombre, a través de la tematización de conceptos como dominación, abandono, control y resistencia. Los autores contextualizan la cotidianidad de la dominación sobre los animales callejeros en nuestras ciudades Latinoamericanas, en las que se comparten muchos métodos biopolíticos de control para dicha población. Sirviéndose de teorizaciones hechas por Foucault, Wadiwel y Haraway hacen una crítica a la espectacularización del poder, la caracterización, el despojo y la exclusión de los que son víctimas los perros hasta su exterminio, y finalmente un esbozo de resistencia a dichas violencias alegando la necesidad de empezar a captar los dispositivos que las perpetran y promueven.

De otro lado, el artículo “Voando baixo sobre humanos: garças e urubus na Pedra do Peixe, no Ver-o-Peso (PA)” de Flávio Leonel Abreu da Silveira, Matheus Henrique Pereira da Silva e Raphael Santos das Mercês presenta una perspectiva interactiva e interespecifica en la investigación de las relaciones establecidas entre aves y humanos en el espacio de sociabilidad y comercio conocido como Mercado Ver-o-Peso ubicado en la ciudad de Belém, extremo norte de Brasil. La propuesta antropológica y etnológica utiliza metodologías de investigación muy sensibles a las dinámicas que muestran las maneras por las cuales un espacio urbano es mutuamente convivido entre animales no humanos y humanos en completa y compleja relación de mutualidad, aunque se establezcan relaciones de comensalidad con los peces y sus cuerpos que alimentan a las demás especies en interacción.



Finalmente, en “Humanos y no humanos, naturaleza y cultura. El «ciclo maldito» del pensamiento occidental moderno” Annamaria Rivera nos invita a reflexionar sobre el hecho que, a pesar de ciertas excepciones, el pensamiento occidental moderno ha visto la relación naturaleza-cultura y animalidad-humanidad en términos dicotómicos, disociando los *sujetos humanos* y los *objetos no humanos* y negando que los no humanos tengan un «mundo» de culturas, una «historia». La autora, que es antropóloga, destaca que las dicotomías naturaleza-cultura, y animalidad-humanidad son la base misma de la antropología y que la antropología científica contemporánea está fundada en un concepto de cultura elaborado sobre la base de una lógica de contrastes, que la opone a la naturaleza. A partir de eso, hace referencia a Lévi-Strauss que afirma que solamente la identificación del hombre a sus semajantes le permitirá la capacidad de distinguirse y de distinguirlos sobrepasando así la lógica dicotómica que opone la naturaleza a la cultura. La autora analiza los conceptos de animalidad y humanidad y sugiere que, siendo conceptos variables históricamente, según las culturas, nuestra «parte bestial», la «bestia que duerme en nosotros» puede tomar el valor de una metáfora que hace alusión a las fuerzas pulsionales eróticas, espontáneas, creativas, existentes en cada uno de nosotros, pero reprimidas por un exceso de educación y civilización o por la condición de alienación propia del hombre moderno occidental. En la última parte de su trabajo la autora analiza cómo el racismo y el sexismo recurren a figuras metafóricas de infrahumanidad o de subhumanidad, con referencias a la animalidad o a la *bestialidad*, para estigmatizar e inferiorizar a los otros o al género femenino, en un modelo por el cual la dominación y la cosificación de los animales han representado probablemente, en el pensamiento moderno occidental fundado sobre el paradigma naturalista y su dualismo constitutivo, el primer modelo para la cosificación, la dominación, y la jerarquización de los seres humanos.